

La Arquitectura Mexicana en el 2003

Problemas y sustancia

Enrique X. de Anda Alanís

Doctor en Arquitectura, investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas y profesor de la Facultad de Arquitectura, UNAM

En estas notas pretendo dar una visión general tanto de lo que puede caracterizar a la naturaleza arquitectónica en nuestra geografía en este momento (lo que sería la sustancia), como del perfil de los asuntos que la hacen posible o que la violentan en un aparente intento de aniquilamiento. De manera general, desde hace alrededor de treinta años que las ciudades en México han seguido un derrotero similar de crecimiento: el centro histórico se ha conservado como el núcleo antiguo y simbólico de la población –en algunos casos hay reglamentación que ha impedido su depredación física–, y el uso de sus espacios se ha canalizado hacia recintos burocráticos, comercio y oficinas; la habitación ha sido desplazada o sobrevive la mayoría de las veces bajo condiciones de miseria. En derredor de este núcleo se ha ido formando a lo largo del siglo xx un anillo de primer crecimiento urbano que ha dotado de vivienda y de otras tipologías urbanas; pero, generalmente, sin haber tenido un proyecto que hubiera planificado el crecimiento. Mientras el centro antiguo ha mantenido cierta homogeneidad formal con el contrapunto de hitos simbólicos (la catedral, los palacios de gobierno, tal vez un teatro, etc.), la edificación en el primer perímetro se distingue por la carencia de recursos arquitectónicos y el predominio de lo pragmático y decorativo; más allá de este segmento de la ciudad, se sigue dando el fenómeno del adosamiento de las colonias generalmente llamadas populares y habitadas por una clase social marginada.

La tendencia desde hace veinte años ha sido la creación de un tercer segmento urbanizado que ha desplazado a las colonias populares y que ha recibido la construcción de grandes plazas comerciales, áreas residenciales y centros de entretenimiento masivo (fundamentalmente cines), adoptando una tipología formal con escasas variantes y que mayoritariamente obedece tanto a las condiciones de las franquicias, como a la relación imagen-marca que los propietarios se han encargado de estampar en la conciencia de los pobladores de la ciudad. De manera análoga a lo que sucede con el sector urbano próximo al centro, la intervención arquitectónica es escasa en estas edificaciones, bien sea por la tipificación de los proyectos o por el marcado carácter ferial de algunos locales. De esta observación sobre el crecimiento de la ciudad surge una pregunta que será eje en esta disertación: ¿dónde y de qué manera está actuando la arquitectura en la expansión de nuestras ciudades?

Antes de seguir adelante, es necesaria una primera definición que deslinde a la arquitectura de la construcción que he

denominado pragmática. A ésta la observo como una acción encaminada solamente a cubrir la superficie del predio, observando las restricciones que le plantea el reglamento de construcciones y el destino de uso que haya establecido el plan de desarrollo local; la premisa es el máximo aprovechamiento de la superficie transformada para renta, considerando la operación como un fenómeno autónomo y desvinculado de la ciudad, con la que se relaciona de manera accidental mediante fachadas decoradas con signos plásticos que obedecen a la satisfacción visual de lo que está en moda. La arquitectura en cambio, sigue suponiendo una manufactura con un código estético creado a partir de las cualidades individuales del edificio, o bien de acuerdo con una versión más amplia propuesta por el autor; la arquitectura debe ser siempre un trabajo bien ejecutado, que resuelve todos los aspectos que se involucran con la construcción, lo mismo los aspectos estructurales que los de instalaciones o los del acondicionamiento climático. La realidad arquitectónica siempre influye en el significado emotivo de la zona de la ciudad donde se inserta, lo contrario, a cargo de la construcción pragmática, es sólo la agregación de locales utilizables pero que contribuyen paulatinamente a la degradación del paisaje urbano. Me parece importante hacer ver que las características positivas de la arquitectura no dependen de un riguroso aparato teórico, de la posibilidad de ampliar la escala monumental de la obra o de ilimitados recursos financieros. Es muy común escuchar a manera de justificación que no fue posible concluir una acción en una buena obra dado que no se contó (por razones ajenas al proyectista, dirá él mismo) con cualquiera de los tres recursos anteriores.

Si observamos en conjunto, podemos obtener un modelo en la mayoría de nuestras ciudades que nos podrá indicar la característica del ambiente urbano construido en la República Mexicana a lo largo del siglo xx: en los centros antiguos hay ejemplares monumentales procedentes de los períodos virreinal, republicano y porfiriano que dan lugar a imágenes homogéneas, logradas por haber aplicado normativas de los tratados antiguos de construcción y por la cohesión edilicia lograda al paso de los años; también encontramos espacios vacíos derivados de la especulación con la tierra que ha preferido derribar estructuras históricas y los contrapuntos, muchas veces brutales, de edificios enclavados en estas redes ciudadanas sin el más elemental sentido de prudencia constructiva; ejemplos elocuentes son los bloques edificadas por Teléfonos de México en no pocas ciudades del país y algunos hoteles que datan de los años cincuenta y sesenta,

una época en que las normativas de contexto urbano todavía no se aplicaban en México.

Los sectores contiguos al centro se presentan con la diversidad de lo espontáneo –algunas veces resultan soluciones de sentido común adecuadas al predio donde se desarrollaron–, reflejan mayoritariamente que el motor de las ciudades en el siglo xx ha sido la explotación de la rentabilidad del suelo, utilizando como medio la tecnología de la construcción y su capacidad de reproducción en cualquiera de las tres dimensiones. El sector más reciente presenta en su porción habitacional un cierto resquicio de actuación arquitectónica que ha sido ocupado por los arquitectos locales para dar lugar a paisajes a veces estrambóticos, señalados por intervenciones sobreactuadas. El otro territorio, el de las llamadas plazas y galerías comerciales, nos expone la realidad insoslayable de la globalización de las imágenes, de la eficacia y velocidad en la aplicación tecnológica para acelerar el proceso de rentabilidad de la tierra y de la condición financiera que establece que estas actuaciones tienen una durabilidad de corto plazo –y que lo que entenderíamos como intervención arquitectónica se reduce a una parte más del proceso de venta de un producto.

Si utilizamos como puntos de observación los temas anotados con anterioridad, la conclusión que podríamos tener sobre cómo se está formulando el paisaje arquitectónico hoy en día podría responder a lo siguiente: cada vez hay menos arquitectura y aumenta el volumen de los espacios como resultado de la construcción pragmática; esto significa que si existen elementos físicos que nos resguardan de la intemperie, pero cuyo discurso es una monotonía que no conmueve ni emociona ni provoca; a ello nos hemos tenido que acostumbrar quienes vivimos en las ciudades. Al hacerse innecesaria la arquitectura, porque la construcción ocupa rápidamente los ámbitos que aquella debía cubrir, hemos ido prescindiendo paulatinamente de la dirección estética en la que siempre se ha movido, es decir, nos han suprimido el estímulo a los sentidos, la conmoción de los espacios, las condiciones preestablecidas para celebrar el contacto con la misma sociedad, el confort espiritual para desarrollar el trabajo y el estudio, condiciones, en fin, que hacen posible los diálogos con la historia y con uno mismo.

La construcción pragmática no parte de una estética porque no le es inherente, se vale del recurso del ornato como una vía inmediata para provocar un efecto de belleza, la mayoría de las veces fallida y chabacana. Consecuencia de lo anterior, al disminuir la presencia de la arquitectura, declina el ejercicio crítico, la posibilidad de cuestionar al entorno social y ofrecerle otras alternativas para la celebración de lo cotidiano, decrece también la posibilidad de ejercer el proyecto arquitectónico, al no existir interesados que lo soliciten y lo patrocinen. Por último, lo que tiene que ver con la suma de las construcciones para integrar las zonas de la ciudad, en principio, echamos de menos la cohesión formal que caracteriza a muchas áreas históricas logradas por la repetición tipológica a lo largo de los años del virreinato. El punto que estoy exponiendo no es la defensa del contextualismo, la reiteración de los mismos recursos formales en las distintas arquitecturas, sino la crítica a la mediocridad plástica y espacial en que nos vemos obligados a vivir. En este sentido, mi opinión difiere de lo expuesto por autores como Rem Koolhaas o Robert Venturi, que han visto en lo informe y estruendoso la identidad de la ciudad contemporánea. Creo que una vista rápida a cualquier momento de la historia de la arquitectura hará evidente que el proyecto de vida urbana siempre ha supuesto condiciones de armonía, relación de escala con la figura humana y espacios propiciatorios del encuentro con el entorno; así lo vieron tanto la ciudad del Renacimiento

como el trazado español en las fundaciones americanas o los desarrollos de vivienda colectiva que hizo la arquitectura moderna, desde las colonias racionalistas de Frankfurt hasta los multifamiliares mexicanos de los primeros cincuenta años.

Debo advertir que mi posición no pretende ser fatalista, trato de ser objetivo, a partir tanto de la información visual que tengo alrededor, como de las propias experiencias con el espacio y el ejercicio del pensamiento histórico; por ello no puedo dejar de reconocer que aún en épocas de crisis –creo que desde hace veinte años México vive una crisis cultural derivada de su ingreso al nuevo sistema de economía global– podemos contar con obras que reúnan las condiciones necesarias para que se relacionen arquitectónicamente con la ciudad; no me refiero al estímulo creativo que sobreviene con la presión de la crisis, sino que, aun en medio de ambientes poco estimulantes, existen talleres de arquitectura que no abandonan la doctrina básica. Hay obras bien pensadas en Mérida, Guadalajara, Monterrey y Ciudad de México, por citar sólo cuatro casos; una de las características de la forma de trabajo reciente es la de la colaboración en grupos de proyecto, como los que encabezan Félix Sánchez, Augusto Quijano, Francisco Serrano y Teodoro González de León, entre otros, aunque tampoco hay muchos más para un país de más de cien millones de habitantes.

Habiendo descrito cómo veo el paisaje de lo recientemente construido, y dicho que no creo que el fatalismo sea la salida y que, por tanto, sí reconozco cualidades, el paso siguiente tendrá que ser una propuesta acerca de cuáles son los problemas que con prioridad deben ser tratados, si en verdad mantenemos viva la esperanza de propiciar cambios que beneficien nuestros ámbitos de lo cotidiano. Propongo atender tres asuntos, observarlos en cada ciudad y reflexionar críticamente sobre cómo están interviniendo en la formulación de la arquitectura, toda vez que si bien reconozco que los presupuestos reducidos no se llevan bien con la arquitectura, el sólo contar con suficiencia económica tampoco garantiza un saludable devenir arquitectónico: el papel de la universidad en la formación de los futuros oficinistas de la arquitectura; la responsabilidad de los distintos niveles de gobierno en la planeación, construcción y mantenimiento de la obra pública, y la organización ciudadana en la defensa del patrimonio histórico.

De tal suerte, veo vital el papel de la universidad, que para pensar en el mejoramiento de la arquitectura, considero necesario analizar primero la situación de las escuelas de estudio y formación profesional. La primera obligación de la universidad es la formación cultural: es en este espacio donde se debe inducir a la lectura de la literatura clásica; a conocer la historia, la propia y la universal; a ubicar el papel de la ciencia y la tecnología junto al de las humanidades en el sostenimiento del equilibrio ecológico, sin el cual la vida se extingue. La universidad es la última oportunidad que muchos mexicanos tienen de formarse un orden mental con el cual definir cuál es su tarea en la sociedad. Respecto a la formación de los arquitectos, la escuela estaría obligada a enseñar que antes que todo existe una cultura arquitectónica, ámbito en el que aprendemos cuál es la tarea que la arquitectura tiene en la dinámica de las sociedades; que los grupos humanos han avanzado en la construcción de la civilización cuando la arquitectura ha estado presente. La cultura arquitectónica educa la mirada, afina la sensibilidad, provoca la curiosidad y con ella aprenderemos a pensar como arquitectos. ¿De qué sirve saber de resistencia de materiales, de técnicas constructivas y de las fechas de construcción de las catedrales góticas, si desconocemos cuál es el papel histórico que la arquitectura debe cumplir en la mejora

de la sociedad? De este modo podemos aprender a pensar en términos de arquitectura, descartarla como sólo un destino de trabajo y asumirla como condición de vida.

La escuela de arquitectura debe estimular la crítica como una acción permanente que parta de la que se ejerce sobre uno mismo, hasta el territorio del pensamiento que abarca a la ciudad; sin la crítica no hay superación de errores, y la posibilidad de discernir entre lo bueno y lo malo se difumina en un ámbito de mediocridad nebulosa donde todo es admitido a partir de la aparente belleza y funcionalidad de los espacios. Si por un motivo de idiosincrasia, que los antropólogos conocen bien, los mexicanos no vivimos la cultura de la crítica, en el campo de la arquitectura, y debido a una perversión del concepto del arte, el ejercicio crítico es rechazado como posibilidad apenas de colquio, no se diga como recurso de aprendizaje. La escuela de arquitectura debe estimular la práctica de la crítica para entender la complejidad de la ciudad; además, debe proveer ciertas herramientas básicas para reflexionar en términos de arquitectura, instrumentos para discernir cuál es su tarea, conocer cómo ha ido cambiando de forma a medida que las sociedades se han modificado; debe enseñar a construir, y a construir bien, aplicando los métodos adecuados, conociendo las leyes elementales de la física, la mecánica y la estática, porque a pesar de lo que sigan promoviendo los negocios transnacionales, la arquitectura debe pensarse en términos de solidez frente al futuro, y no como simple esqueleto prescindible cuando haya pasado su ciclo de mercado. Finalmente, algo que sería deseable encontrar en la escuela de los arquitectos, y que en mucho ayudaría a la formación de los estudiantes, son los ejemplos cotidianos de justicia y criterios sanos para evaluar y enseñar, aunque esto supusiera dar de baja a cierta cantidad de integrantes de la planta docente. cado en la cultura mundial fueron también los autores de la obra pública; baste recordar que Enrique del Moral, Mario Pani, Enrique Yáñez y José Villagrán, entre otros, fueron los autores de los hospitales, los mercados, la vivienda popular y las oficinas de los gobiernos.

Es muy discutible que todavía tengamos que padecer las iniciativas personales de los gobernadores que impulsan "proyectos secretos" con dinero público. En la ciudad de Chihuahua nadie sabe cómo se piensa modificar el Centro Histórico; sólo se sabe que la demolición de edificios históricos ya empezó; algo similar sucedió en Puebla seis años atrás, con un proceso que sí se dió a conocer al público, pero que no llegó nunca a cristalizar como detonador de inversiones ni de reestructuración de barrios. Pareciera que la alta burocracia del país no acaba de aprender la lección que dice que con la demolición de la historia no se puede levantar un presente respetable. Todo esto es un complejo de situaciones que nos daña en cuanto a que los resultados físicos distan la mayoría de las veces de tener el mínimo de atributos arquitectónicos, y esto es entendible si además sabemos que no sólo los encargos se hacen a personas improvisadas como proyectistas sino que también el personal que trabaja de manera permanente para las dependencias o bien no cuenta con la calificación mínima o no encuentra eco en sus observaciones frente a la soberbia de los directores. Al respecto vale la pena recordar que el gremio de los arquitectos es por ley asesor de los distintos niveles de gobierno, y que sus observaciones deben ser tomadas en cuenta en la forma de recomendaciones hechas por los distintos colegios regionales; sin embargo, también sabemos por la historia, y porque a la fecha se presenta en buena parte de las ciudades del país, que la burocracia y la dirigencia gremial de los arquitectos prefieren pactar la ausencia de crítica a cambio de dispensas económicas en forma de contratos de obra pública. De lo anterior se desprende que, mientras no impere el buen juicio en lugar de los intereses personales en la toma de decisiones para la obra pú-

blica, los edificios de mayor significado por su apropiación popular seguirán siendo de una pobreza alarmante, como la mayoría de los construídos en los últimos veinte años.

Por último, hablemos del tercer ámbito: la organización ciudadana en defensa del patrimonio arquitectónico. Lo presento en esta mirada panorámica porque es asunto relativamente nuevo en la cultura mexicana, y porque da cuenta de un tema que no siempre es entendido por todos: el afecto por el espacio urbano derivado de la tradición y de haberlo vivido. Tengo la impresión de que este tipo de organizaciones aparecieron en 1985 en la Ciudad de México después de los terremotos de septiembre, cuando algunos grupos de vecinos se organizaron para obtener financiamiento para la reestructuración de sus inmuebles colectivos, argumentando no sólo la necesidad del albergue sino la calidad arquitectónica del edificio, asunto que generalmente coincidió con los méritos reales del inmueble. Sabemos que este modo de organización continúa existiendo en la República y que ya son varios los éxitos que han obtenido, principalmente contra decisiones de la autoridad, que ha tenido que replegarse y optar por la negociación. En estricto sentido, estas agrupaciones están ocupando el espacio que los arquitectos han abandonado en lo referente a la defensa del patrimonio arquitectónico moderno. Entrampados en argumentos jurídicos que constantemente llevan a callejones sin salida, en la velocidad con la que organizan sus acciones los dueños del capital que invierten en desarrollos inmobiliarios, y en la ausencia de normativas mínimas que permitan estructurar acciones, los arquitectos que apenas empiezan a crear conciencia de la importancia del patrimonio moderno tienen que aprender de las agrupaciones de vecinos lo que significa el clamor público, la fuerza de los argumentos y la constancia de una acción para persuadir las muchas veces absurdas decisiones que se toman en los escritorios de la pequeña burocracia. A manera de ejemplo recordamos ciertas acciones, como la de la protesta por la demolición del Casino de la Selva en Cuernavaca, que aunque también puede tener la lectura de un rechazo a la modificación del uso del suelo en una zona urbana, llevó como escudo un símbolo de la ciudad claramente identificable para la mayoría de la población. Al final de todo esto, queda claro que poco a poco empieza a formar parte de los habitantes de la ciudad la necesidad de mantener la convivencia con ciertos edificios modernos, bien sea porque estén vinculados a sus vidas íntimas o porque sean símbolos de la cultura contemporánea; una tarea más, por otra parte, en la que el arquitecto debe estar presente con la suficiente dosis perceptiva, tanto para entender la naturaleza del acontecimiento como para aplicar su capacidad, coadyuvando al encausamiento de soluciones.

Con esta breve ojeada he querido puntualizar las carencias que limitan hoy en día el fortalecimiento de nuestra cultura arquitectónica; nuevas posiciones críticas nos permitirán evaluar y focalizar aquellas actitudes que impiden el fortalecimiento de nuestra cultura, donde la arquitectura tiene un papel protagónico, porque lo mismo es voluntad de cómo redibujar el mundo, que extensión de la manera como se entienden las cosas de la vida en el momento presente. Pequeños errores, no detectados y resueltos oportunamente, provocan desviaciones considerables a mediano plazo que se vuelven lastres y dan lugar a confusiones de identidad; si bien es cierto que hay responsabilidades que deben ser asumidas por los aparatos del gobierno y por las agrupaciones sociales de los arquitectos, es también un hecho que si la educación arquitectónica empieza en las universidades, en ellas hay que incidir con mayor firmeza y constancia para evitar errores de orientación que después pueden resultar fatales para la integración de la tan necesaria "cultura arquitectónica". ■



Distribuidor vial piranesiano. Ciudad de México. 2003. Foto: Daniel Escotto